

CAPÍTULO IX

Admirables efectos causados por la muerte del P. José, parecidos á los que produjo la de San Ignacio. — Carta del P. Agustin Monzon á la sobrina del Padre, la señora duquesa de Villahermosa. — Carta del P. José Doz al señor duque. — Breve relacion de la última enfermedad y muerte, escrita al mismo. — Sentimientos de otras varias personas de la Compañía y de fuera de ella. — Algunos milagros.

1811 — 1812

Dos efectos muy especiales, y en algun modo contrarios, produjo la muerte del P. José en los suyos y en cuantos tenían intimidad con él: el primero fue un acerbo dolor; el segundo, un espiritual consuelo y firme esperanza en su proteccion. Oigamos á los que tuvieron experiencia de ellos.

Seis días después de la muerte del Siervo de Dios, el Padre Agustin Monzon escribía á la señora duquesa de Villahermosa la siguiente carta: «Roma, 21 de Noviembre de 1811. — Excelentísima señora. — La profunda y sensibilísima llaga que habrá abierto en su noble y ternísimo corazon la noticia de haber fallecido en el día quince del corriente el amabilísimo tío de Vuestra Excelencia, el P. José Pignatelli, nuestro amantísimo padre, nuestro insignísimo bienhechor, nuestro amparo, nuestro escudo, y el único apoyo de nuestra esperanza sobre la tierra en el estado y circunstancias en que nos hallamos, no hay otro bálsamo que la pueda aliviar sino el conocimiento y persuasion que nos da la fe, que la vida del hombre mortal está en manos

de Dios, y que su divina Majestad dispone de ella cuando y como le agrada, para su gloria, y siempre, segun dice San Crisóstomo, en el momento y estado que al hombre mismo es de mayor ventaja y utilidad.»

«Si vivimos,» dice el glorioso apóstol San Pablo, «vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; y vivos y muertos, somos del Señor.» Lo que nos obliga á someter nuestra voluntad á la suya, á exaltar con humilde reverencia sus santas disposiciones, y adherir bien de corazon en el Corazon amable de Jesús. *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. Sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.*»

«Levantemos, Señora, los ojos de nuestra mente al cielo; y veremos al que lloramos en la tierra, sentado ya en trono de eterna gloria, anegado en el gaudio del Señor, gozando ya en compañía de los bienaventurados el inmenso y sumo premio, que él se ganó en vida con sus muchas, con sus admirables y heroicas virtudes. Él vivió siempre de santo, ha muerto de santo; santo lo aclaman todos después de muerto, y se piden sus cosas para memoria y reliquia de tal santo. Para nosotros, que tanto tiempo hemos vivido con él, ha sido siempre un objeto de admiracion en su religioso proceder, en su observancia, en su humildad, en su paciencia, en su caridad, en su íntimo trato con Dios, en su devocion, en su celo, en su mortificacion y abnegacion, en el desprecio y despego de todas las cosas del mundo, y en todas las otras virtudes tanto teologales como morales, que el carácter muestran y son de la verdadera santidad: en su vida nos ha sido con sus santos ejemplos viva norma de toda virtud, y no dejará de sernos su memoria continuo estímulo para practicarla, sabiendo que no podemos ofrecer tributo del amor, del respeto, de la gratitud, que le debemos, ni más acepto, ni más conforme al santo empeño, que tuvo siempre viviendo, de promover en todos la perfeccion propia de nuestro estado.»

«Las lágrimas que han salido de nuestros ojos en su muerte, han sido lágrimas más de ternura y devocion, que de dolor y pena. Nos ha sucedido lo que sucedió á nuestros Padres en la

muerte de San Ignacio: que aunque mucho y mucho lo amáramos, aunque su presencia y vista nos era tan amable y deseable, aunque lo miráramos y teníamos como únicamente necesario para llevar adelante la obra que Dios le había encomendado, aunque perdiendo á él, hemos perdido un padre tan amable, tan tierno, tan benigno, tan solícito, toda nuestra consolacion, nuestro amparo, todo nuestro bien en este mundo; con todo eso no sabemos llorar por dolor, ni entristecernos con desconfianza; señal clara de la interna segura persuasion que nos anima, que quien nos ha sido padre en la tierra, [nos será] protector en el cielo. Con tal confianza enderezamos á él nuestros votos, imploramos su mediacion con Dios, y nos vemos obligados á confesar que experimentamos los efectos de su proteccion. Digamos, pues, lo que San Bernardo decía de San Víctor: El P. Joseph «estuvo entre nosotros en la tierra para nuestro ejemplo, fue llevado al cielo para nuestro patrocinio: ha sido hecho medianero para el reino el que fue estímulo para la virtud: en su seguridad se muestra solícito de nosotros.»

«Toda Roma se mostró empeñada por la salud del Padre, cuando se comenzó á temer de su muerte: de todos los órdenes de personas muchísimos con oraciones, con novenas, con triduos privados y públicos, suplicaban de continuo á Dios por su vida y salud; pero Dios nos hizo conocer claramente que lo quería para sí. Todo nuestro empeño después de su muerte es de perpetuar su memoria y que quede viva, especialmente la de sus virtudes y ejemplos. Se puso un elogio suyo, escrito en pergamino, cerrado en un cañon grueso de vidrio, dentro de la caja de su deposicion, el cual elogio remito á V. E. en el papel adjunto¹. Se piensa extender un copioso compendio de su vida y virtudes. Se le ha formado la máscara, y se pintará el retrato. Entretanto en la pérdida tan sensible que nos ha tocado de un padre tan amable, queda á esta pequeña grey la dulce consolacion de tener en

¹ Consérvase en el archivo de los señores duques de Villahermosa. Véase una copia de él en el Apéndice, núm. 1.

V. E. una madre tierna, amorosa y empeñada en su bien. Será siempre V. E. el objeto de nuestro amor, de nuestro respeto y de nuestra gratitud; y se continuará, como hasta ahora se ha hecho, en ofrecer al Señor oraciones y sacrificios por la vida, salud y felicidad de V. E. y de toda su familia.»

«Se ha recibido la cantidad que V. E. envió al P. José. El Sr. Salucci se ha portado, en lo que se le encomendaba, con todo empeño y exactitud. Quedamos todos al afecto y disposición de V. E., y con especial modo el que en nombre de todos escribe á V. E., á cuyas oraciones se encomienda, ofreciéndose con todo el respeto y veneración — Su muy humilde siervo de Vuestra Excelencia. — AGUSTIN MONZON.»

De los retratos que se sacaron del P. Pignatelli después de su muerte, testifica el H. Santiago Annoni lo que sigue: «El mejor retrato,» dice¹, «y el que más se le parece es una miniatura hecha en Roma poco después de su muerte por una penitente del Padre, llamada María Paticchi, que vivía en frente de Santa María la Mayor². Tuve ocasión de ir á casa de dicha señora en compañía del H. José Grassi en el momento mismo en que estaba terminando aquel trabajo; y á insinuación nuestra corrigió y retocó algo en aquella su pintura. De esta se sacó después el grabado en cobre, que debe de estar en poder del General de la Compañía. Otro grabado en cobre se sacó también de la mascarilla hecha al momento que hubo fallecido el Padre, y fue poco después enviado al duque de Villahermosa en España: pero no se le asemeja tanto.»

Algunos días después de la carta del P. Monzon, escribía el P. José Doz al señor duque, hijo de D.^a María Manuela, en estos términos: «Excmo. Sr. — Uno de mis primeros pensamientos, apenas pasado de esta vida el tío de V. E., fue de avisar á Vuestra Excelencia y á su señora madre su fallecimiento, constán-

¹ *Process. Parm.*, fol. 796.

² Poseo uno de estos retratos. Grabólo Ángel Testa. Lo debo á la caridad de la Emma. Sra. Duquesa de Villahermosa.

dome bien, no solo por las referencias que de V. E. ha tenido conmigo, sino también por las muchas cartas, que de uno y otro ha tenido, cuánto amaba tan dignos sobrinos; pero no pudiendo encontrar conducto para dirigir la carta á V. E. sin que le llegase improvisa, he creído mejor dejar que la señora madre le comunicase la triste nueva, quien con su virtud y ejemplo le sabría consolar en el mismo momento que le afligía. Para la señora madre, se encontró el conducto de su confianza y afirmación, y se la comunicó el mismo que ha escrito la adjunta relación; y es el autor del adjunto elogio, á quien en consecuencia de los deseos de V. E., que me comunica monseñor Bardaxí, he suplicado que á nombre mío extendiese una sucinta relación de lo sucedido en su muerte y enfermedad.»

«Dice bien V. E., que varias cosas que más le caracterizarían y harían ver su espíritu, no pueden fiarse al papel; y que otras no es tiempo de publicarlas. Esperemos que salga á la luz su vida que se piensa imprimir, en que las cosas sean más detalladas. Solo una cosa quiero añadir; y es, que nos ha sucedido á nosotros lo que sucedió á los Padres en tiempo de la muerte de nuestro santo P. Ignacio, que del sentimiento y suma aflicción en que se hallaban viendo la pérdida que hacían en el pasaje que hizo de esta vida el Santo, pasaron ellos á la paz, calma y sosiego y tranquilidad. Nuestras amargas lágrimas se convirtieron en dulces, no de dolor sino de ternura; nuestra aflicción por perder un padre, el único apoyo, que supiéramos, que el cielo nos daba en esta vida, en consolación, calma y tranquilidad de espíritu: gracia, que todos creemos que nos ha alcanzado del padre de las misericordias. Yo particularmente, que desde la edad de 13 años estreché con él tan inalterable amistad, que juntos hemos tenido el noviciado, juntos casi todos los estudios, juntos el magisterio, y juntos bajo de un techo todo el destierro, siempre lo tengo presente; pero su memoria no me es amarga, sino muy dulce; y á él me encomiendo, y espero en su mediación, que, habiéndome querido siempre junto, me obtenga su afecto por toda la eternidad en el cielo.»

«Remito á V. E. un tomito del P. Lessio, de que se servía para su ordinaria meditacion, y con él el elogio que se puso, en un fuerte tubo de vidrio bien cerrado, en la caja junto con el cadáver. Va tambien con el libro una estampa de que usaba en un libro de devocion, y un pedacito del pañuelo con que se limpiaba la sangre, que sacaba con las disciplinas de hierro, armadas de espuelas de caballo.»

«Con esta ocasion renuevo á V. E. el afecto y servidumbre, que siempre mi casa ha tenido á la de V. E. y condes de Fuentes, suplicándole me reconozca por su más apasionado servidor y Capellan Q. L. M. B. de V. E. — JOSEPH DOZ Y FUNES¹.»

La relacion de la última enfermedad y muerte del P. Pignatelli escrita por encargo del P. Doz, es del tenor siguiente: «Excmo. Señor: rendido y obediente á las órdenes de V. E., aunque se renueva en mi ánimo el grande y acerbo dolor, que probé en la muerte del amabilísimo tío de V. E., cordialísimo amigo mío, y de todos nosotros amantísimo padre, el P. Joseph Pignatelli: vengo á dar una sucinta informacion de la última

¹ La Excmo. Sra. D.^a María del Carmen de Aragon Azlor é Idiáquez, actual duquesa de Villahermosa, en carta de 31 de Mayo de 1891 escribía: «Conservo la reliquia, para mí preciosa, de un pañito empapado en sangre, con un letrero que dice: «tela bagnada del Sangre del P. Jph. Pignatelli.» tiene un marquito de unas perlas chicas..... tiene un sello con lacre..... Tambien tengo el libro del P. Pignatelli: tiene su auténtica, escrita en latin firmada por el P. José Doz y Agustín Monzon, 1812. Después de la auténtica, que tiene un sello, hay escrito en otra parte: «De este libro se servía ordinariamente para sus meditaciones y contemplacion el P. Josef Pignatelli.» Se envió desde Roma á Naney de Francia al excelentísimo señor duque de Villahermosa, su sobrino, á primeros del mes de Enero de 1812..... Del crucifixo nada sé.» Ambas reliquias, el pañito y el libro, las trajo dicha señora duquesa el verano de 1891 á su villa Juin, situada en el pueblo de Azcoitia, provincia de Guipúzcoa, en donde las vi y tuve en mis manos.

De la disciplina consta por el proceso romano (fol. 487) que fue enviada (teñida aún de sangre coagulada) á su familia en España. Don Ángel de Angelis en el fol. 1168 del citado proceso, dice que el P. Doz después de la muerte del Padre entregó al caballero de Rossi un cuadro de la Sagrada Familia, que tenía el Siervo de Dios en la cabecera de la cama.

enfermedad con que el Señor quiso privarnos de su dulcísima vista y amabilísima presencia.»

«Habiendo pasado casi todo el año con grandísimo trabajo, con dolores de cabeza y estómago violentísimos, con tanta debilidad de fuerzas que se hallaba en necesidad de pasar gran parte del día echado sobre la cama sin poderse ocupar en cosa ninguna, causándole dolor, pena y cansancio el solo oír hablar, especialmente si algo largo; su coraje y su virtud le daban vigor para decir todos los días la misa, tratar, cuando le convenía, algun negocio fuera de casa, y sufrir, sin dar señal de disgusto, las visitas de muchas personas que lo buscaban, quién por interés, quién por consejo, quién por gozar de su vista y conservacion. Todo esto, que para el espíritu era ocasion de mucho mérito al Padre, era al mismo tiempo de muy notable perjuicio al cuerpo.....»

Refiere luégo la postrera enfermedad y la santa muerte del Padre con menudas circunstancias, que omito aquí, por haber ya descrito aquel suceso aprovechando las noticias de esta breve relacion, cuyo final es como sigue: «En vida fue el P. Joseph Pignatelli tenido y venerado de todos los órdenes de personas por hombre santo: en su muerte le aclamaron todos por santo: apenas había espirado, se comenzó á pedir alguna cosa suya por memoria y reliquia de este hombre santo: antes que pedir por su alma, todos se encomiendan á él, é imploran su intercesion en el cielo; y hay personas, que, á su invocacion y con la aplicacion de alguna cosa suya, la han experimentado propicia en sus dolencias y males.»

«Nosotros,» continúa, «á quienes Dios privó con la muerte del único apoyo que en él teníamos, en las críticas circunstancias, en que estamos, vivimos en paz, bien persuadidos y seguros que el P. Joseph, que nos ha sido padre en la tierra, nos será siempre protector en el cielo. Se consuele en Dios V. E., que tiene en el cielo un tío santo y muy santo.»

«No digo más, porque en la vida que se piensa extender del Padre, se escribirá de sus obras y virtudes cuanto se pueda á